

RELATOS

Alejandro Martín

Germán Patricio

ALEJANDRO Martín nació en un pequeño pueblo costero. Fernando Martín, su padre, también había nacido allí, y don Eustaquio Martín, el abuelo, y don Carlos Eugenio Martín, el bisabuelo que había combatido en Cuba en 1898. Don Carlos Eugenio lo había pasado tan mal en las ciénagas del Caribe que temía más a las infecciones de mosquitos que a la metralla, y su obsesión le hizo negarse a guerrear nuevamente contra Marruecos; construyó una farmacia.

Setenta años después el pequeño Alejandro jugaba en el sotano de la farmacia. Alcohol, menta, formol, penicilina, fueron respectivamente nombres que aprendió escuchando, y también motes infantiles que hubo de ir sufriendo y soportando. Rubito, inocente y sanote, gozaba del mar, al cual —como todos los afortunados habitantes costeros— no le daba la menor importancia.

Acabó la escuela básica. Murió el abuelo. Alejandro Martín era ahora mucho más rubio, igual de inocente y mucho menos sano. Le pusieron gafas, le operaron de apendicitis. Sus padres debatieron seriamente sobre su futuro. El pequeño pueblo no tenía Instituto de

Enseñanza Media, y sus calificaciones eran buenas. La farmacia marchaba bien.

Al año siguiente el mocito Alejandro soñaba dentro de un autobús con la capital de provincia, su nuevo hogar. Se alojó en casa de una viuda y telefonó regularmente a sus padres.

Al cabo del tiempo el mozo volvió de vacaciones y pretendió que se le llamara don Alejandro, como a su difunto abuelo y a su pobre padre, ya enfermo. Recibió entre enormes carcajadas otros nombres: don alcohol, don menta, don formol y don penicilina. Entre burlas y odios se acabaron de diluir sus antiguas amistades. Alejandro dijo seriamente a su familia que renegaba de la farmacia y que estaba escribiendo un largo, larguísimo poema al mar, a la mar, a ese Dios infinito que parece dormir acechante y terrible. El muchacho se hizo solitario y distante.

Acabó el instituto. Murió el padre. Alejandro Martín era ahora igual de rubio, menos inocente y menos sano. La farmacia comenzó a marchar mal, y los préstamos se acumulaban. Su madre y sus hermanos debatieron con él sobre el futuro. Cuando se le preguntó a Alejandro, respondió indignado, ya que daba por supuesto continuar sus estudios en la Universidad. Al final se decidió apostar

fuerte.

Alejandro Martín escribía muchos sobre el mar, y, cuando se emborrachaba, lloraba por él allá lejos. Dejó de telefonar regularmente. Un día la familia descubrió con sorpresa que el estudiante ya no vivía con la viuda —y lo que es más, ésta reclamaba indignadamente deudas sin pagar. Hubo una mujer joven embarazada. Hubo un arresto policial. Hubo una devolución de matrícula, una expulsión y una congelación de expediente.

Murió un día la madre y Alejandro Martín encontró a su vuelta cuatro hermanos más sanos que él, dispuestos a sortar por lo sano con tanta deuda. Los padres habían tenido tolerancia con él; ellos no. Tuvo que trabajar en la farmacia desde el primer día.

Un año después abrieron una sucursal. Un año más tarde no le quedaba a Alejandro nada del orgullo y nada del distanciamiento. Trabajaba duro y el negocio funcionaba.

Pasaron unos cuantos años y un buen día de verano llegó al pequeño pueblo un antiguo compañero de instituto de Alejandro; éste lo recibió con afabilidad, aunque no podía recordar su nombre. El antiguo camarada se sintió obligado a buscar recuerdos comunes, ya que Alejandro Martín sólo hablaba de cifras, préstamos, inversiones y honorarios. «¿que tal tus poemas?», preguntó el forastero. Alejandro contestó sin pudor que no sabía que habría sido de aquellos papeles. Tampoco le importaba. Incómodo, el antiguo colega señaló la parte trasera de la enorme balconada llena de cajas de embalaje y albaranes. «Qué maravilla», dijo, «desde aquí se ve el mar, la mar». Alejandro Martín torció esforzadamente el cuello.

Ah. No me había dado cuenta.

